eres más rico como vasallo, que no lo seré yo nunca como rey? ¿Codicias honores, si jóven áun te he visto colmado de ellos y los desdeñaste?... ¿Quién de ambos será el acreedor ó el deudor?... Callas; ¿tiemblas ante esta prueba?... ¿Estás seguro de tí mismo?

MARQUES. — Pues bien; cedo; hé aquí mi mano.

CARLOS. — Mia es.

MARQUES. — Para siempre, en el más lato sentido de la palabra.

CARLOS. — ¡Tan fiel y ardiente para el futuro rey, como hoy para el Príncipe!...

MARQUES. — Os lo juro...

CARLOS. — Si la sierpe de la lisonja se enrosca á mi corazon indefenso; si estos ojos olvidan las lágrimas en otro tiempo vertidas; si mi oido se cierra á la queja, intrépido custodio de mi virtud, ¿acudirás á fortalecerme, á recordar á mi génio su nombre venerando?

MARQUES. — Sí.

CARLOS. — Una súplica áun; trátame de *tú;* envidié siempre á tus iguales este privilegio de la confianza, y esta palabra fraternal hechiza mi corazon y mi oido con el dulce sentimiento de la igualdad. Supongo lo que vas á decir; esto para tí es una bagatela, mas para mí, hijo de rey, es mucho. ¿Quieres ser mi hermano?

MARQUES. — Tu hermano.

CARLOS. — Ahora ya no temo nada en Palacio; mi brazo en el tuyo desafío á mi siglo.

ACTO II.

—

El Palacio Real de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

El REY FELIPE, sentado en su trono.—El DUQUE DE ALBA, á alguna distancia del Rey y cubierto.—CARLOS.

CARLOS.

EL Estado es antes que yo. Cárlos cede el paso al ministro, que habla en nombre de España... yo soy el hijo de la casa. (*Se retira haciendo una reverencia.*)

REY. — El Duque aguarda, y el Príncipe puede hablar.

CARLOS. — (*Dirigiéndose al Duque.*) Debo, pues, á vuestra magnanimidad el favor de hablar al Rey. Harto sabeis que un hijo puede hallarse en el caso de confiar á su padre algo que un tercero no debe oir, y como no he de quitaros al Rey, sólo pido que me dejeis con mi padre por este momento.

REY. — El Duque se halla aquí en calidad de amigo mio.

CARLOS. — ¿He merecido, por mi parte, considerarle tambien como tal?

REY. — Obrariais cuerdamente mereciéndolo, pues no gusto de los hijos que pretenden elegir mejor sus amigos, que su padre.

CARLOS.—No sé cómo la caballeresca altivez del Duque de Alba puede soportar semejante escena. ¡Por vida mia! Ni por una corona quisiera representar este papel de importuno que se interpone entre el padre y el hijo sin ser llamado, y aquí se planta, conociendo su nulidad.

REY.—*(Se levanta y dirige á su hijo una mirada de cólera.)* Salid, Duque. *(Éste se va por donde ha entrado el Príncipe, pero el Rey le indica otra puerta.)* No... en el gabinete, hasta que yo os llame.

ESCENA II.

El REY.—CARLOS.

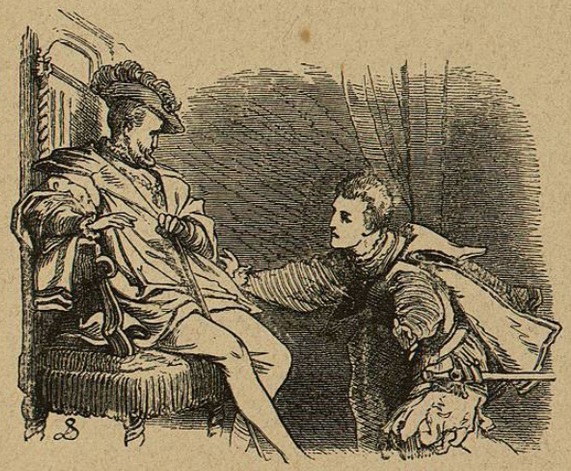
CARLOS.—*(Se dirige al Rey y se precipita á sus plantas vivamente conmovido.)* ¡Padre mio! recobro á mi padre; ¡mil gracias por semejante favor! Vuestra mano... padre mio! ¡Oh, dia de ventura! ¡Mucho tiempo há que se rehusaba al hijo tan dulce beso! ¿Por qué, padre mio, me habeis alejado por tanto tiempo de vuestro corazon? ¿Qué hice para ello?

REY.—Príncipe, debieras ignorar semejantes artificios. Excúsalos, porque no gusto de ellos.

CARLOS.—*(Levantándose.)* Lo esperaba; paréceme oir á vuestros cortesanos. ¡Por el cielo, padre mio! No siempre dice verdad un sacerdote, ni las hechuras de un sacerdote. Mi corazon no está pervertido, padre mio; en el ardor de mi sangre consiste toda mi maldad, y mi juventud es mi pecado. No estoy pervertido, creedlo, y aunque los impulsos violentos de mi corazon hacen traicion á mi naturaleza, mi corazon es bueno.

REY.—Sé que tu corazon es puro como tu plegaria.

CARLOS.—Ahora ó nunca; estamos solos; ha desaparecido entre el padre y el hijo el antemural de la etiqueta. Ahora ó nunca. Celeste rayo de esperanza brilla en el fondo de mi alma, henchida de suave presentimiento, y el cielo entero con sus coros de ángeles se inclina sobre mí... El mismo Dios tres veces santo contempla gozoso esta augusta y conmovedora escena... ¡Reconciliémonos, padre mio! *(Cae á sus piés.)*



REY.—Déjame; ¡levántate!

CARLOS. — ¡Reconciliémonos!

REY.—*(Desembarazándose de él.)* Esta comedia va pareciéndome harto insolente...

CARLOS.—¡Una insolencia, el amor de vuestro hijo!

REY.—¡Lágrimas!... ¡Indigno espectáculo!... sal de mi presencia...

CARLOS. — Hoy ó nunca... ¡Reconciliacion, padre mio!

REY.—¡Sal de mi presencia! Volvieras de un com-

bate cubierto de humillacion, mis brazos se abririan para recibirte; pero en semejante estado te rechazo. Sólo la mancha de una vileza puede lavarse en tan vergonzosa fuente; quien no se avergüenza del arrepentimiento, jamas lo excusará.

CARLOS.— Pero ¿qué hombre es este? ¿Cómo pudo extraviarse entre los demas, este sér extraño á la humanidad? El eterno testimonio de la humanidad son las lágrimas; él tiene los ojos enjutos. En verdad que no es hijo de mujer... ¡Oh! mientras es tiempo todavía, dejad que vuestros ojos aprendan á verter lágrimas, si no quereis invocarlas en vano, en un momento cruel.

REY.— ¿Crees por ventura que con tan bellas frases, harás bambolear la penosa duda de tu padre?

CARLOS.— ¿La duda? Si quiero anonadarla; si quiero hacer mio tu corazon de padre, con toda la fuerza de mi alma, hasta destruir la duda, muro de granito. ¿Qué son los que me han arrebatado la gracia de mi padre? ¿Qué ha podido ofrecerle el monje á cambio de su hijo? ¿Qué compensacion le da Alba, por una vida sin hijo? ¿Acaso deseais ser amado? Brota de mi corazon corriente de amor más viva y fresca, que en estas siniestras y perturbadas almas, abiertas sólo al oro de Felipe.

REY.— Detente, temerario. Te atreves á injuriar á mis servidores predilectos, que debes honrar...

CARLOS.— ¡Nunca!... Conozco cuánto puedo. Lo que hace el de Alba, Cárlos es capaz de hacerlo, y áun más. ¿Qué le importa á un mercenario, el reino que no será jamas suyo? ¿Qué le importa que encanezcan vuestros cabellos? Vuestro Cárlos os hubiera amado... Me aterroriza la idea de hallarme solo, aislado en el trono.

REY.— (*Conmovido por estas palabras, queda pensativo y ensimismado; despues de un instante de silencio.*) ¡Estoy solo!

CARLOS.— (*Con vivacidad y calor, acercándose á él.*) Lo estuvisteis. Cese vuestro desden y os amaré como un niño, os amaré con ardor; sólo os pido que ceseis de aborrecerme. ¡Cuán dulce y seductor ha de ser, sentirse honrado por un alma noble, saber que nuestro júbilo anima otro semblante, que nuestra ansiedad agita otro pecho, que nuestras penas bañan en lágrimas otros ojos! ¡Cuánta gloria para un padre en recorrer de nuevo la florida senda de la juventud, del brazo de su amado hijo, y en renovar con él el sueño de la vida! Tierna y grande tarea la de inmortalizarse por la virtud de un hijo, y derramar el bien á traves de los siglos. Sembrar lo que un hijo cosechará; recoger lo que puede serle provechoso; presentir la grandeza de su reconocimiento y gratitud. ¡Ah, padre mio! ¡Vuestros monjes, harto prudentes, callan sobre este paraíso terrenal!

REY.— (*Con alguna emocion.*) ¡Oh, hijo mio! ¡hijo mio! tú mismo pronuncias tu sentencia, cuando pintas con tan encantadoras frases una felicidad que nunca me has concedido...

CARLOS.— ¡Júzguelo Dios! Vos mismo me habeis alejado de vuestro corazon y de vuestro gobierno, y hasta ahora con visible injusticia. Pues ¿qué he sido yo en España, príncipe heredero de España, sino un extranjero, un prisionero en esta tierra de la cual seré un dia soberano? ¡Cuántas veces, padre mio, bajé los ojos de vergüenza, recibiendo las noticias del palacio de Aranjuez por boca de los embajadores extranjeros ó leyendo las gacetas!

REY.— Aún hierve en tus venas la sangre ardiente de la juventud, y sólo sabrias destruir.

CARLOS.— Pues bien, padre mio; ocupadme en destruir, puesto que mi sangre hierve... Tengo ya veinte y tres años, y aún no hice nada para la inmortalidad. Despierto y conozco cuánto puedo. Mi vocacion para

reinar me arranca de mi sueño como un acreedor, y el tiempo perdido pesa sobre mí como deuda sagrada. Llegó para mí el solemne momento en que debo dar cuenta de tan precioso depósito. La historia del mundo, y la fama de mis abuelos, y la sonora trompeta de la gloria me llaman. Llegó para mí el instante de franquear las gloriosas fronteras del honor. ¿Puedo formular la súplica que me ha conducido aquí?

REY.—¿Todavía una súplica? Habla.

CARLOS.—Cunde la sublevacion en Brabante á un punto que aterra, y la contumacia de los rebeldes exige sábia y vigorosa resistencia. Para dominarlos, el Duque, investido por su Rey de poder absoluto, debe llevar á Flandes su ejército. ¡Gloriosa mision que convendria á vuestro hijo para conducirle al templo de la gloria! Confiadme, ¡oh Rey! confiadme este ejército. Cuento con la adhesion de los flamencos, y respondo con mi vida de su fidelidad.

REY.—Hablas como un soñador. Esta empresa requiere un hombre y no un niño...

CARLOS.—Requiere un hombre, padre mio, y precisamente el de Alba no lo ha sido nunca.

REY.—Sólo por el terror puede dominarse la revuelta; la clemencia seria locura... Tu alma es débil, hijo mio, y el Duque en cambio es temido. Renuncia á tu pretension.

CARLOS.—Enviadme á Flandes con el ejército; confiad en esta alma débil. Al solo nombre del hijo de Rey precediendo á nuestras banderas, será conquistado un país que sólo sabrán devastar los verdugos del Duque de Alba. Os lo pido de rodillas; es la primera gracia que os suplico, padre mio; confiadme Flandes.

REY.—(*Clavando en su hijo una mirada penetrante.*) ¡Y confiaré al propio tiempo mi mejor ejército á tu ambicion, el puñal al asesino!

CARLOS.—¡Oh, Dios!... No he adelantado un paso!

Este es el fruto de tan solemne instante, por tanto tiempo deseado. (*Despues de un momento de reflexion y con tono solemne pero suave.*) Respondedme con más dulzura, y no me alejeis así de vuestro lado: sentiria dejaros despues de tan tristes palabras, y con el corazon oprimido. Tratadme con más bondad; os expongo mi más apremiante deseo, mi última tentativa, tentativa que inspira la desesperacion. Porque no puedo, no puedo soportar con mi firmeza humana, que me lo rehuseis todo, absolutamente todo. Os dejo ahora sin haber sido comprendido; engañado en mis caros proyectos. Vuestro Duque de Alba y vuestro Domingo reinarán victoriosamente, despues que vuestro hijo ha llorado, hundida la frente en el polvo. Allí estaba la temblorosa turba de los cortesanos, y de los grandes, y el pálido cortejo de los monjes, cuando me habeis concedido solemnemente esta audiencia; no me humilleis; no me hirais mortalmente, padre mio; no me sacrifiqueis de un modo ignominioso á la turba insolente de la córte. No se diga que mientras los extraños rebosan en favores, nada puede obtener Cárlos con sus súplicas. Probad que quereis honrarme enviándome á Flandes con el ejército.

REY.—No repitas estas palabras, si temes mi cólera.

CARLOS.—La arrostro repitiendo mi súplica por tercera vez. Confiadme Flandes. Debo abandonar España; me es forzoso; porque continuar aquí es respirar bajo la mano del verdugo. El cielo de Madrid oprime mi ánimo como la idea de un asesinato, y sólo un pronto cambio de clima podria curarme. Si me quereis salvar, enviadme á Flandes sin pérdida de tiempo.

REY.—(*Con afectada confianza.*) Los enfermos como tú, hijo mio, exigen solicitos cuidados, y deben permanecer bajo la vigilancia del médico. Seguirás en España y el Duque irá á Flandes.

CARLOS.—(*Fuera de sí.*) ¡Ahora, protegedme, ángeles mios!

REY.—Detente... ¿Qué significa la expresion de tu rostro?

CARLOS.—*(Con voz temblorosa.)* ¡Padre mio! ¿Esta decision es irrevocable?

REY.—Parte del Rey.

CARLOS.—He cumplido con mi deber. (*Váse vivamente agitado.*)

ESCENA III.

El REY queda abismado durante algunos instantes en profunda meditacion: por fin da algunos pasos hácia el salon.—ALBA se acerca turbado.

REY.—Disponeos á salir para Bruselas á la primera órden.

ALBA.—Todo está dispuesto, señor.

REY.—Vuestros plenos poderes están ya sellados en mi gabinete. Despedíos de la Reina, y antes de partir, presentaos al Príncipe.

ALBA.—Le he visto salir de aquí como un furioso. V. M. me parece tambien fuera de sí, y profundamente conmovido. Tal vez el tema de esta conversacion...

REY.—(*Paseando á lo largo de la sala.*) El tema era el Duque de Alba. (*El Rey se detiene y fija en él una mirada sombría.*) Puedo saber sin sorprenderme que Cárlos ódia á mis cortesanos, pero advierto con pena que los desprecia. (*Alba palidece é intenta hablar.*) Ahora, ni una palabra. Os permito reconciliaros con el Príncipe.

ALBA.—Señor...

REY.—Decidme: ¿quién fué el primero que me habló de los siniestros proyectos de mi hijo? Os escuché entonces sin oirle á él. Quiero aquilatar las pruebas, Duque. Desde hoy, Cárlos vivirá más cerca de mi trono. Salid. (*El Rey se retira á su gabinete. El Duque se vá por otra puerta.*)

ESCENA IV.

Antesala de la habitacion de la REINA.—D. CARLOS entra por la puerta del centro conversando con un PAJE; los cortesanos se dispersan por las habitaciones contiguas.

CARLOS.—¿Una carta para mí? ¿Y para qué esta llave? ¡Y ambas remitidas con tal misterio! Acércate. ¿De dónde has sacado esto?

PAJE.—Por lo que he visto, la dama prefiere que se adivine quién es, antes que ser nombrada.

CARLOS.—¿La dama? (*Observa con más detencion al paje.*) Qué! Cómo! ¿Quién eres tú, pues?

PAJE.—Un paje de S. M. la Reina.

CARLOS.—(*Asustado va á él, y le pone la mano en los labios.*) Eres muerto! Detente! Sé lo bastante. (*Rompe vivamente el sobre y se dirige á un rincon de la sala para leer la carta. Durante este intervalo, el Duque de Alba pasa sin que el Príncipe le vea y entra en la habitacion de la Reina. Cárlos tiembla y palidece, y se ruboriza á la vez. Despues de haber leido, sigue silencioso por algun tiempo, fijos los ojos en la carta. Despues vuelve á dirigirse al paje.*) ¿Ella misma te ha dado esta carta?

PAJE.—Por su propia mano.

CARLOS.—¿Ella misma te ha dado esta carta? ¡Oh, no me engañes!... No he visto aún una línea de su puño, y me veré obligado á creerlo, si puedes jurarlo. Si mientes, confiésalo con franqueza y no me engañes.

PAJE.—¡Engañaros á vos!

CARLOS.—(*Mira de nuevo la carta, despues contempla al paje dudoso; despues de haber dado una vuelta por la sala.*) ¿Viven todavía tus padres, verdad? ¿Tu padre sirve al Rey? ¿Es hijo de aquí?

PAJE.—Fué muerto en San Quintin, siendo coronel

29373
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de caballería del Duque de Saboya. Se llamaba Alfonso, y era conde de Henares.

CARLOS.—(*Le toma la mano y fija en él una mirada expresiva.*) ¡El Rey te ha entregado esta carta!

PAJE.—(*Inmutado.*) Príncipe, ¿acaso he merecido esta sospecha?

CARLOS.—(*Lee.*) «Esta llave abre las habitaciones que hay detras del pabellon de la Reina. La más retirada de todas está junto á un gabinete donde no ha penetrado jamas un espía; allí, el amor puede expresar con toda libertad cuanto hasta ahora ha confiado á simples señas. El tímido amante será oido, y recompensada la modesta paciencia.» (*Como si despertara de un letargo.*) No sueño, no deliro... ¡Es realmente ésta mi mano derecha, y ésta, mi espada!... ¡y éstas son palabras escritas!... ¿Es verdad? ¡es realidad!... Soy amado... lo soy... Sí... soy amado... (*Se pasea agitado á lo largo de la sala, sin aliento y con los brazos extendidos.*)

PAJE.—Venid, Príncipe; yo os guiaré.

CARLOS.—Dejadme antes volver en mí. ¡Conmueve aún todo mi sér el estremecimiento de la dicha! ¿Podia concebir tan osada esperanza? ¿podia ni siquiera soñarla? ¿Dónde hallar el hombre que se acostumbrara tan pronto á la idea de convertirse en dios? ¿Qué era, qué soy ahora? Otro cielo, otro cielo brilla para mí... me ama...

PAJE.—(*Quiere llevársele consigo.*) Príncipe, Príncipe, no es este el lugar... olvidais...

CARLOS.—(*Sobrecogido de súbito terror.*) El Rey, mi padre... (*Deja caer sus brazos, mira en torno suyo con espanto, y empieza á serenarse.*) Esto es espantoso. Sí; tienes razon, amigo mio; te doy las gracias; no estaba en mí. ¡Que me sea forzoso callar, ocultar en mi pecho tanta ventura... es horrible, horrible! (*Toma el paje de la mano, y le lleva aparte.*) Lo que has visto,

óyeme bien, y lo que no has visto, debe ser encerrado en tu corazon como en un ataud. Ahora vé; acudiré á la cita; vé; no conviene que nos sorprendan aquí; vé. (*El paje va á salir.*) Aguarda; oye. (*El paje vuelve; Cárlos pone la mano en su hombro y le dice mirándole severo.*) Te llevas contigo un terrible secreto, semejante á aquellos activos venenos que rompen el vaso que los contiene. Domina la expresion de tu rostro, y que no sepa nunca tu inteligencia lo que oculta tu corazon; sé como el eco, que recibe y repite el sonido, sin oir nada. Eres un niño; sélo siempre, y continúa jugando alegremente. ¡Muy hábil y prudente se ha mostrado la que te eligió por mensajero del amor! seguramente no irá á buscar el Rey, entre los niños, sus víboras.

PAJE.—Por mi parte, Príncipe, me enorgullezco de poseer un secreto que no posee el Rey.

CARLOS.—Mancebo vanidoso, esto precisamente debiera hacerte temblar. Si ocurre el encontrarnos, acércate á mí con timidez y sumision! Cuidado con que la vanidad te impulse á dejar comprender que el Príncipe te es favorable, porque tu mayor crímen, hijo mio, seria el complacerme. Cuanto debas decirme desde ahora, no me lo digas con palabras; no lo fies á tus labios; no sigan tus noticias la senda ordinaria de los pensamientos; háblame con la mirada, por señas; te comprenderé en un abrir y cerrar de ojos. El ambiente que respiramos, la luz que nos rodea, estas mudas paredes; todo está vendido á Felipe. Alguien viene. (*La habitacion de la Reina se abre y sale el Duque de Alba.*) Sal... Hasta luego.

PAJE.—Príncipe, no equivoqueis la habitacion... (*Vase.*)

CARLOS.—El Duque... No; no; la encontraré.

ESCENA V.

D. CÁRLOS.—El DUQUE DE ALBA.

ALBA. — (*Colocándose delante del Príncipe.*) Una palabra, Príncipe.

CARLOS. — Perfectamente; está bien... Otro rato. (*Hace que se vá.*)

ALBA.— No es este, en efecto, el lugar más á propósito para hablaros, y tal vez plazca á V. A. concederme audiencia en su habitacion.

CARLOS. — ¿ Y por qué ?... la audiencia puede verificarse aquí; hablad pronto y con brevedad.

ALBA.—Me conduce á V. A. antes que todo, la gratitud que le debo por la órden que conoce.

CARLOS. — ¿ Gratitud... á mí ? ¿ por qué motivo me debe gratitud el Duque de Alba ?

ALBA. — Apenas ha salido V. A. del despacho del Rey, he recibido la órden de salir para Bruselas.

CARLOS. — ¿ Para Bruselas ? ¡ Ah !

ALBA. — ¿ Á quién sino á la favorable intervencion de V. A., podré atribuir ?...

CARLOS.—¿ A mí ?... No, por cierto, á mí. Partid, partid y que Dios os acompañe.

ALBA. — ¿ Ni una palabra más ?... Me sorprende. ¿V. A no tiene que darme algunas órdenes para Flandes ?

CARLOS. — ¡ Qué más debo decir !... ¿ Y por qué para Flandes ?

ALBA. — Parecióme hace poco que la suerte de este país reclamaba la propia presencia de D. Cárlos.

CARLOS. — ¿ Cómo es esto ?... ¡ Ah ! sí; así fué, pero ahora todo me parece perfectamente, perfectamente; casi mejor.

ALBA. — Os escucho con sorpresa.

CARLOS.—(*Con ironía.*) Sois un gran general, ¿quién lo ignora ? La misma envidia debe reconocerlo. Yo soy muy jóven todavía; tal ha sido tambien la opinion del Rey. El Rey tiene razon; tiene razon por completo; lo veo ahora, y estoy satisfecho. Por tanto, hemos hablado bastante sobre esto, y os deseo un feliz viaje; no puedo, como veis, detenerme más, porque tengo mucho qué hacer. Dejemos el resto para mañana, ó para cuando vos querais, ó para cuando regreseis de Bruselas.

ALBA. — ¿ Cómo ?

CARLOS. — (*Despues de un momento de silencio, viendo que el Duque no ha salido todavía.*) Salís de aquí en buena estacion; atravesareis el Milanesado, la Lorena, Alemania... Alemania, sí; precisamente era en Alemania; allí os conocen. Estamos en abril, mayo, junio, julio... perfectamente; en agosto, á más tardar, estareis en Bruselas... ¡ Oh ! no dudo que muy luego oiremos hablar de vuestras victorias; os hareis digno de nuestra bondadosa confianza.

ALBA. — (*Con acento intencionado.*) ¿ Será tal vez con el reconocimiento de mi nulidad ?

CARLOS. — (*Despues de un momento de silencio, con altivez y dignidad.*) Sois susceptible, Duque, y con razon. Debo confesar que es poco generoso por mi parte usar contra vos, armas que no estais en el caso de usar contra mí...

ALBA. — ¿ No estoy en este caso ?

CARLOS. — (*Presentándole la mano y riendo.*) Lástima que me falte el tiempo para empeñar un noble combate con el Duque de Alba... Otra vez...

ALBA. — Príncipe, ambos calculamos de diferente manera. Vos, por ejemplo, lo aplazais para dentro veinte años, y yo me refiero á veinte años hace.

CARLOS. — ¿ Y bien, qué ?

ALBA. — Estoy pensando, cuántas noches trascurri-

das junto á vuestra madre, la Princesa de Portugal, hubiera dado el Monarca para atraer al servicio de la corona un brazo como el mio... No ignoraba el Rey cuánto más fácil es perpetuar la progenie que consolidar la monarquía, y que se provee más pronto de un rey al mundo, que de un mundo al Rey.

CARLOS. — Es muy cierto; sin embargo, Duque, sin embargo...

ALBA. — El Rey no ignoraba cuánta sangre de sus pueblos era preciso derramar, antes que un par de gotas de sangre hicieran de vos un rey.

CARLOS. — Es muy cierto, vive Dios; y en dos palabras habeis formulado lo que el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna. Pero no veo la consecuencia, Duque...

ALBA. — ¡Desdichado del príncipe que en la cuna se mofa de su nodriza! Muy grato le será sin duda descansar muellemente, y adormecerse en brazos de nuestras victorias. Sólo las perlas brillan en la corona, sin que se vean las heridas que han costado... Esta espada, Príncipe, impuso las leyes españolas á pueblos extranjeros, fulguró delante del pendon de la cruz y ha trazado sobre el continente sangrientos surcos, para sembrar en ellos la semilla de la fe. Dios era juez en el cielo; yo, en la tierra.

CARLOS. — Dios ó el diablo; lo mismo da. Harto sé que erais su brazo derecho... os suplico que no hablemos más de eso... Quisiera evitar ciertos recuerdos... Respeto la eleccion de mi padre, porque mi padre necesita un Duque de Alba; precisamente esto es lo que no le envidio... Sois un grande hombre; sea; me inclino á creerlo; temo solamente que os hayais anticipado algunos siglos en nacer... Un hombre como el Duque de Alba, deberia venir allá en el momento de la consumacion de los siglos, cuando la gigantesca audacia del crímen habrá agotado la paciencia del cielo, y la abundante cosecha de maldades, ya en sazon, requerirá un segador sin par... Entonces estareis en vuestro centro. ¡Dios mio!... ¡Mi paraíso!... ¡Mi Flandes!... pero es forzoso no pensar más en ello... ni una palabra más sobre esto... Dicen que os llevais de aquí una porcion de sentencias de muerte, firmadas de antemano... ¡Laudable precaucion que evita para más tarde todo efugio! ¡Oh, padre mio! ¡cuán mal he comprendido tus intenciones! Te acusaba porque me negaste un cargo en el que habia de lucirse el Duque de Alba, cuando con esta negativa empezabas á darme una prueba de tu estimacion.

ALBA. — Príncipe... estas palabras merecerian...

CARLOS. — (*Interrumpiéndole.*) ¡Qué!

ALBA. — Pero vuestro título de hijo del Rey os sirve de escudo...

CARLOS. — (*Desenvainando su espada.*) Esto pide sangre... Vuestra espada, Duque...

ALBA. — (*Friamente.*) ¿Contra quién?

CARLOS. (*Cayendo sobre él.*) En guardia, ú os atravieso el corazon...

ALBA. — Puesto que es fuerza... (*Se baten.*)

ESCENA VI.

La REINA. — D. CÁRLOS. — El DUQUE DE ALBA.

REINA. — (*Sale asustada de su habitacion.*) ¡Desenvainados los aceros! (*Al Príncipe, con enfado y voz imperiosa.*) ¡Cárlos!

CARLOS. — (*A quien la presencia de la Reina pone fuera de sí, deja caer su brazo, se queda inmóvil, y despues corre á abrazar el Duque.*) ¡Hagamos las paces, Duque; sea olvidado todo! (*Se arroja á los piés de la Reina, despues se levanta y sale muy agitado.*)

ALBA. — (*Inmóvil, no le pierde de vista.*) ¡ Vive Dios ! ¡ cosa más rara !

REINA. — (*Despues de un instante de turbacion é inquietud, avanza lentamente hácia su habitacion ; y en el dintel de la puerta, se vuelve.*) ¡ Duque de Alba !

(*El Duque la sigue.*)

ESCENA VIII.

Gabinete de la Princesa de Éboli.

La PRINCESA caprichosamente vestida, pero con exquisito gusto, toca el laud, y canta. — Luego el PAJE de la Reina.

PRINCESA. — (*Se levanta sobresaltada.*) ¡ Él llega !

PAJE. — (*Corriendo.*) ¿ Estais sola ? Me sorprende no encontrarle aquí, pero llegará sin duda al instante...

PRINCESA. — ¿ Vendrá ?... ¿ Consiente él ?... Todo está resuelto...

PAJE. — Viene detras de mí... Noble Princesa, os

ama, os ama, pero como nadie os amó ; como no habeis sido amada nunca... ¡ Qué escena he presenciado !...

PRINCESA. — (*Con impaciencia.*) Presto, dí, ¿ le has hablado ? ¿ Qué te ha dicho ? ¿ Qué cara ha puesto ? ¿ Qué ha dicho ? ¿ Se ha turbado ? ¿ Acertó con el nombre de la persona que le ha enviado la llave, ó no ? ¿ Ha sospechado si era otra ? ¡ Por Dios ! no me respondes palabra... ¡ Estás como avergonzado ! Nunca me has parecido tan torpe, tan tonto, tan insoportable...

PAJE. — ¡ Pero si no me dejais hablar ! Le he entregado la llave y el billete, y me ha parecido que se corria cuando le he dicho que era el enviado de una dama.

PRINCESA. — ¡ Qué se corria !... muy bien, muy bien... Vaya ; continúa...

PAJE. — Queria decirle algo más, pero ha palidecido, me ha arrancado la carta de la mano, y lanzándome una mirada amenazadora, me ha dicho que lo sabia todo.

PRINCESA. — ¡Que lo sabia todo ! ¡Que lo sabia todo !... ¿ Esto ha dicho ?

PAJE. — Me ha preguntado por tres ó cuatro veces si vos misma me habiais realmente entregado esta carta.

PRINCESA. — ¿ Si era yo misma ?... ¡ Y ha pronunciado mi nombre !

PAJE. — No ; no ha pronunciado vuestro nombre. — Algunos espías, me ha dicho, podrian escucharme y contárselo todo al Rey.

PRINCESA. — (*Sorprendida.*) ¿ Ha dicho esto ?

PAJE. — A quien le importaba mucho, ha añadido, tener noticia de aquella carta.

PRINCESA. — ¿ Al Rey ? ¿ Has oido bien ? ¿ Al Rey ? ¿ Ha pronunciado precisamente esta palabra ?

PAJE. — Sí ; ha dicho que era un secreto peligroso, y me ha aconsejado que pusiera atencion en lo que ha-

blaba y en lo que hacia, á fin de que el Rey no conciba la menor sospecha.

PRINCESA. — (*Despues de un momento de reflexion, muy sorprendida.*) Todo se acuerda perfectamente, y no puede ser sino que conoce esta aventura... ¡Es inconcebible! ¿Quién puede haberle revelado... quién? repito... ¿quién puede ser, sino el amor, el amor de vista de lince... penetrante, profunda?... Pero continúa, continúa... ¿Ha leido el billete?

PAJE. — El billete, decia él, le anunciaba una dicha que le hacia temblar y que no se hubiera atrevido á soñar nunca... Por desgracia el Duque ha entrado en la sala, y esto nos ha obligado...

PRINCESA. — (*Con acritud.*) ¿Qué tenia que hacer el Duque allí?... ¿Pero, dónde está?... ¿Por qué tarda, por qué no parece? ¿Ves cómo te han informado mal? Podria ser ya feliz, durante el rato que tú empleas en contarme que quiere serlo.

PAJE. — Temo que el Duque...

PRINCESA. — Otra vez el Duque... ¡Qué tiene que ver con esto! ¡Qué tiene que ver el valiente general con mi tranquila felicidad!... Podia plantarlo, ó mandarle que se retirara. ¿Con quién no se obraría así en estos casos? ¡Oh!... Me parece que tu Príncipe ni comprende el amor, ni el corazon de las mujeres, ni sabe lo que son los minutos... Silencio; oigo pasos. Véte; es el Príncipe. (*El paje se vá.*) Vé, vé. ¿Dónde está mi laud? Conviene que me sorprenda... Mi canto debe ser la señal...

ESCENA VIII.

La PRINCESA.—Poco despues CARLOS.—La Princesa se ha sentado sobre una otomana; toca el laud.

CARLOS.— (*Entra precipitadamente, reconoce á la Princesa, y queda como herido del rayo.*) ¡Dios mio! ¿Dónde estoy?

PRINCESA. — (*Deja caer su laud, y corre hácia él.*) ¡Ah! príncipe Cárlos... En verdad...

CARLOS. — ¡Dónde estoy!... ¡Torpe equivocacion!... he tomado una habitacion por otra.

PRINCESA. — ¡Cómo fija Cárlos su atencion en las habitaciones donde hay damas sin testigos!

CARLOS. — Perdonadme, Princesa; he encontrado el primer salon abierto.

PRINCESA. — ¡Es posible!... Paréceme, sin embargo, que lo habia cerrado...

CARLOS. — Os lo parece... sólo os lo parece, pero sin duda os equivocais... Que quisiste cerrarlo; conforme, pero no lo estaba; seguramente que no lo estaba... Oigo tocar un laud... ¿No era un laud? (*Mira en torno suyo, dudoso.*) Sí; vedle allí todavía... y el laud... yo gusto de esta música con locura... Soy todo oidos, y sin saber lo que me pasa, me apresuro á entrar en ese gabinete para ver los bellos ojos de la amable cantatriz, cuyo celeste hechizo me ha arrebatado.

PRINCESA. — Galante curiosidad que por lo que veo, ha desaparecido bien pronto. (*Despues de un momento de silencio, con acento intencionado.*) ¡Oh! estimo en mucho la modestia de quien para no ofender el pudor de una dama, se pierde en tales invenciones.

CARLOS.— (*Con confianza.*) Princesa, comprendo que agravo una situacion que quisiera mejorar. Excusadme una tarea que no podria llevar á cabo cumplidamente. Buscabais sin duda en esta habitacion un refugio contra la sociedad, y quereis, lejos de las miradas de los hombres, entregaros á los secretos deseos de vuestro corazon: yo llego aquí como importuno accidente que disipa vuestro sueño. Debo alejarme sin tardanza. (*Hace que se vá.*)

PRINCESA. — (*Sorprendida y desconcertada, y serenándose luego.*) Príncipe, esto no me parece bien.

CARLOS.— Princesa, comprendo lo que significa vues-